

Hipertextualizaciones

Por Jean-Pierre Balpe

Existen convulsiones mayores que pueden largo tiempo parecer anodinas, permaneciendo inadvertidas, como ruidos de fondo, a los cuales uno se acostumbra, antes de darse cuenta que ellos predecían un terremoto. El hipertexto es de esta naturaleza, más precisamente, la hipertextualización. Luego, si nosotros sabemos poco a poco lo que recubre la noción de hipertexto, si nosotros estamos un poco habituados a recorrer con nuestros ojos pantallas de construcciones informativas no lineales, así, suavemente, sin darnos cuenta todavía, nosotros hemos entrado en la era de la hipertextualización, y este hecho ha modificado una parte importante de nuestros hábitos cognitivos, anunciando profundos cambios en todo lo que constituye las bases mismas de nuestra cultura, cambios ciertamente tan importantes como aquéllos que implicaron el paso de una cultura de la memorización a una cultura de la lectura.

Manejar la complejidad

Desde el Siglo XVI, en efecto, la aproximación racionalista del conocimiento se ha basado sobre las certezas que la ciencia tenía por objetivo construir. Esta aproximación determinista, apoyado en la transmisión crítica por lo escrito, permitía elaborar presentaciones relativamente progresivas y estables de los aprendizajes. La física contemporánea, tras los trabajos como los de Prigogine (teoría de la irreversibilidad de los fenómenos), Thom (teoría de las catástrofes), Mandelbrot (modelización de los fractales), y tras los cuestionamientos de una serie de certezas matemáticas por investigadores como Lobatchevsky (geometría no euclidiana hiperbólica), Weierstrass (curva continua sin tangente), Cantor (paradoja sobre los conjuntos), Gödel (teorema de incompletitud), Heisenberg (principio de incertidumbre), Russell (definición autocontradictoria en matemáticas)... pusieron de manifiesto a la vez que la posición determinista sólo era sustentable a un nivel de macro- observación, y que, dependiendo fuertemente de sus axiomas fundadores, las aproximaciones formales no pueden ser consideradas como el modo de conocimiento primordial. Así, la ciencia contemporánea a sido conducida a introducir nociones tales como aquellas de la influencia del observador sobre lo observado, del caos determinista o de la catástrofe. En este marco, donde la certeza se basa esencialmente en leyes estadísticas y debe tener en cuenta un determinado nivel de imprevisión, el conocimiento no puede más ser totalmente considerado como un corpus fijo que se transmite, sino que debe obligatoriamente integrar la puesta en acto de un conjunto relativista de puntos de vistas.

Desde allí, el enfoque de todo conocimiento no puede más ser únicamente analítico, sino que se debe integrar puntos de vista holísticos que consideren los fenómenos en su globalidad sistémica antes que intentar descomponerlos guardando al mismo tiempo en el espíritu que toda descomposición analítica es una deformación. La presentación de los conocimientos, dividida cruelmente entre la globalidad sistémica, más adecuada a lo real, pero difícilmente dominable por el espíritu, y la descomposición analítica, más adecuada al funcionamiento del espíritu humano pero menos homóloga a lo real, deviene cada vez más difícil. Como lo decía Poincaré "lo que es simple es falso, lo que es complicado es incomprensible". El hipertexto puede así considerarse como una tentativa para instrumentalizar los conocimientos complejos, en el sentido que Edgar Morin da a ésta noción (Entrevista en Magazine Littéraire n°312, julio- agosto 1993): "La complejidad está en la superposición y en el entrecruzamiento, quienes hacen que no se puede tratar las cosas partiendo una parte, pues este corte que liga las partes produce un conocimiento mutilado. El problema de la complejidad aparece aún porque estamos en un mundo donde no hay más que determinaciones, estabilidades, repeticiones, ciclos; pero, también perturbaciones, choques, apariciones, la emergencia de lo nuevo. En toda complejidad, hay presencia de incertidumbre, sea empírica, sea teórica, y, lo más a menudo, a la vez empírica y teórica ».

Tener en cuenta la complejidad en el ámbito de los conocimientos lleva así a revisar el conjunto de las tecnologías hasta allí aplicadas para su transmisión.

En este sentido, el hipertexto no es más que una tentativa de tecnologizar el relativismo en las construcciones del saber, es decir realizar instrumentos técnicos que permitan:

- Considerar un conjunto de conocimientos como un todo,
- Considerar que este todo no puede, a priori, ser estructurado por cualquiera jerarquía que sea, en consecuencia, tener en cuenta su complejidad,
- Considerar este todo como un sistema, es decir, un conjunto de elementos interrelacionados en el cual toda acción sobre uno cualquiera de los elementos tiene una influencia sobre el conjunto de los otros elementos constitutivos,
- Considerar la definición misma de los elementos constitutivos del sistema como dependientes a la vez del observador, y del punto de vista que este observador despliega sobre el conjunto de conocimientos,
- Tener en cuenta la noción de observador,
- Tener en cuenta el concepto de punto de vista del observador sobre el conjunto de los conocimientos constituidos.

En este marco, el problema del camino seguido por el pensamiento, es decir, la necesidad de tomar en cuenta los instrumentos de apropiación de conocimiento de los saberes instrumentalizados en la lectura por el hipertexto es un problema crucial

El hipertexto, espacio virtual de lectura activa

Hipertextos, hipermedios, hiperdocumentos, son términos de la misma naturaleza y los anglosajones emplean la palabra hipertexto para designar el conjunto. La separación que querría conceptualizar los textos como únicamente hipertextos, y cuando se introducen imágenes y sonido denominarlos hipermedios, y deja el concepto de hiperdocumentos para cuando se hace referencia a espacios informáticos, es un tanto artificial, pues no corresponde, de hecho, a ninguna particularidad interesante diferentemente de las dificultades estrictamente tecnológicas que implica: en todas las épocas texto, imágenes y sonidos se han asociados, no sería más que en los comentarios hablados de relatos ilustrados y o en su reunión sobre una pantalla de ordenador la aparente especificidad, lo que no es una novedad sólo por el hecho de que en un corto período de la historia, halla podido parecer que lo audiovisual suplantaba lo escrito.

Lo que implica la noción de hipertexto respecto a estas prácticas antiguas de asociación releva de cambios más profundos, quienes, de hecho, no conciernen a la naturaleza misma de los medios:

- El “texto”, conjunto de lo que es dado a leer, ya no se considera como un bloque previamente construido y masivamente fijado en un orden determinado (la mayoría de las veces en un tiempo lineal - libro, secuencia, texto ilustrado), sino que como una reunión de fragmentos relativamente independientes que pueden seguir lógicas de orden diferentes, recorrerse, vincularse provisoriamente los unos con otros.
- En consecuencia, la no - linealidad de estos fragmentos autoriza lecturas múltiples, relativamente adaptables a los deseos de los lectores. Aunque, la mayor parte del tiempo, éste no dispone más que de elecciones limitadas que le permiten solamente intervenir en la construcción de una secuencialidad de lecturas, él no es más sometido al dictado de la lectura única autorizada, y puede creer en su libertad de iniciativa.
- Estas potencialidades de lecturas múltiples se despliegan sobre un espacio único, por ejemplo una pantalla del computador, donde se revela la realidad temporal de estos fragmentos diferentemente inmateriales, inimaginables debido a su ocultamiento en los espacios virtuales de las memorias. La pantalla es así a la vez lugar de lectura pero, y quizá por sobre todo, lugar de revelación en el sentido fotográfico del término; en efecto, medir la posibilidad de un recorrido, de su realidad, exige,

aunque sea en un momento muy corto, su visualización. En ese momento, allí únicamente, el lector toma realmente conciencia de las posibilidades que se le ofrecen.

- No poseyendo ni peso ni volumen, susceptible de modificaciones de una lectura a otra, solamente percibido en la visualización temporal de sus fragmentos, el hipertexto es débil, puesto que no puede poseer la autoridad del texto fijado salvo por él mismo, paradójicamente, entonces, releva del infinito: el hipertexto es en efecto masivamente virtual quien, en ausencia de posibilidades concretas de estimación de la totalidad de sus contenidos, deja siempre creer en posibilidades no encontradas aún.

La hipertextualización como reconocimiento

La particularidad profunda, innovadora, común a este conjunto es, entonces, trastornar los modos de lectura de los documentos a los cuales ella se aplica. De manera ideal, los hipertextos son conjuntos de documentos fragmentados, desmigajados, dispersados en distintos espacios, algo como un paquete de juego proyectado en el aire cuyas tarjetas dispersadas vuelven a caer sobre el suelo o los muebles. Formando indiscutiblemente parte de un mismo conjunto - el del juego inicial - la dispersión aleatoria de las tarjetas hace su lectura difícil, la reconstitución de grupos significantes exige procedimientos de organización, vínculos y selecciones.

Ahora bien estos procedimientos pertenecen a dos niveles diferentes. Reagrupar las cartas de un mismo juego a partir de sus características visuales pertenece a un primer nivel elemental: reunir las cartas con formatos idénticos, agrupar todas las cartas de dorso azul, así como, en otro grupo, todas las de dorso rojas, no releva más que de la noción de clasificación. Los índices de clasificación son, entonces, formales, fuertemente predeterminados, y no dejan a quienes la clasifican, más que pocas latitudes de elección: se puede poner en el orden que se quiera todas las cartas azules, se puede hacer lo mismo con todas las cartas rojas, pero no se tiene la posibilidad de mezclar las azules con las rojas.

Si el primer nivel, elemental, ya supone un mínimo de conocimientos culturales, clasificar las cartas de un mismo juego en función de las distintas normas de clasificación preexistentes, o con las normas que puede darse un lector, corresponde a otro nivel que releva ya de lo que se puede llamar una lectura... Para efectuar una lectura de este conjunto desordenado, nuestro lector de cartas debe basarse en su conocimiento de las normas culturalmente preestablecidas: los juegos de siete familias están formados por cartas con codificaciones diferentes a la de los juegos de bridge, y las figuras del tarots diferente a aquellas de las figuras de los juegos de bridge. La estructura de cada uno de estos juegos corresponde a normas combinatorias fijas que dicen, por ejemplo, que no hay más de cuatro ases en un juego, que cada uno de los cuatro ases es diferente a los otros y que finalmente su composición obedece a la regla "corazón, cuadrado, pique, trébol..." No se trata, entonces, más que de proceder a clasificaciones - distintas formas de apilar cartas, más o menos sofisticadas - respetando estas reglas, y apoyándose en las señales espaciales que ellas autorizan: montón, consecuencias, arreglos sobre el espacio, etc. La lectura de la dispersión se ordena, toma sentido, en las reglas culturales que definen el dominio, aquél del juego de cartas: ella deviene de eso significante. Por supuesto, esta significación no se constituye más que sobre un conocimiento previo de las reglas culturales subyacentes: un lector que pertenece a otra cultura, o que ignora los juegos de tarjetas, no llegaría, suponiendo que en su cultura la identidad sea una función de arreglo, más que a restablecer una parte del sentido de este conjunto desordenado de cartas. Si cada carta tomada aisladamente posee en efecto un sentido, aquél de su símbolo, de su dibujo, el sentido de los juegos, infinitamente más rico, es una construcción que establece lazos codificados entre elementos de los mismos conjuntos.

La ventaja de los juegos de cartas es que los símbolos, simples, allí están en número relativamente limitados. Si no son más cartas las que se dispersan, sino que fichas, es decir, fragmentos conteniendo un texto, por ejemplo una biblioteca cuyas páginas de todos los libros estarían desligadas, la reconstitución- lectura se convertiría en una tarea altamente

temible. El lector puede obviamente ayudarse del formato de los fragmentos, de la calidad de los papeles, de la póliza de los caracteres, todos los índices le permitirían orientarse en el infinito de posibilidades combinatorias.

Es dudoso, sin embargo que él llegue a un resultado convincente: las señales materiales, visuales no bastan, es necesario hacer intervenir otro nivel de integración del sentido de los fragmentos y de las coherencias que los autorizan. Además, ésto no se prefija obligatoriamente: no se trata obligatoriamente de reconstituir los libros en una primer escritura sino que de re- agrupar los fragmentos según reglas convenientes a una estrategia particular de lectura. Esta puede así exigir re- agrupar todos los fragmentos que comienzan por la letra “a”, o aquellas que hablan “de problemas”, o más difícil aún, buscar la consitución de un razonamiento.

El punto ciego de la hipertextualización

Este tomar en cuenta las necesidades de la lectura hipertextual a dado inicio a un gran número de métodos de hipertextualización, entre éstos:

- El enfoque estructural que, basándose generalmente en normas de descripción de documentos como HTML, LEGS o XML, tiene en cuenta las descripciones internas de los documentos electrónicos. Sistemas DEXTER o AMSTERDAM... ellos no tienen en cuenta más que la organización de los documentos.
- El enfoque lingüístico que intenta organizar reagrupaciones más o menos complejas a partir del análisis de la integralidad de los textos de los documentos. Basados la mayor parte del tiempo en un análisis de los semas, estos enfoques tropiezan con el hecho de que un conjunto de palabras no constituirá nunca un texto.
- El enfoque estadístico que trabaja esencialmente sobre el principio de palabras clave y que intenta establecer proximidades entre las palabras clave de los documentos y las peticiones de los usuarios, como en el sistema Mac Web, o en muchos otros sistemas.
- El enfoque matemático que, siguiendo diversos métodos, organiza reagrupaciones de formas entre documentos; método del K-Means axiales, por ejemplo, o de las nubes dinámicas de ISODATA. Ellos hacen, a través de esto, una manera de sobremontar algunas de las dificultades del enfoque lingüístico pero falla en ir más allá.
- El enfoque cartográfico que intenta, sobre un problema dado, dar una visión global de los documentos en cuestión y un cierto número de relaciones de tal o cual entrada de ellos en un conjunto.
- El enfoque multi- agentes que intenta construir un modelo histórico y de comportamiento de los funcionamientos cognoscitivos de un usuario para adaptar lo mejor posible las respuestas a sus solicitudes. Su problema que es que ningún comportamiento pasado puede prejuzgar sobre los comportamientos del futuro, y, por otra parte, la mayoría de sus análisis de comportamiento no puede más que ser elemental.
- El enfoque mixto que intenta asociar a los resultados de investigaciones automáticas las anotaciones, los vínculos, las palabras clave que un usuario dado puede aplicarles: K-Web Organizador, por ejemplo.

Ninguno de estos métodos da completa satisfacción. Y por la razón de que .. el hipertexto, en efecto, ha aparecido, poco a poco, como una utopía del desalojo cognoscitivo (en el sentido que Heidegger da a este término cuando habla de la técnica): una supresión por la técnica de la distancia entre una necesidad y su satisfacción. Ahora bien el concepto central que se impuso en la construcción del hipertexto es él del trayecto: cómo ir de un inicio A a un punto B de llegada. Hay así una irrealidad profunda que se instala entre el marketing del hipertexto y sus posibles técnicas.

Por otra parte todos los métodos mencionados anteriormente llegan a la definición de un sentido, o más exactamente, a la definición precisa de los efectos semánticos que inducen, e incluso a un juicio respecto a la relación entre estos efectos y las esperanzas semánticas de

un usuario. Incluso, si la navegación multilingüística que permanece en nuestros días un problema insoluble es dejada de lado, la noción de hipertexto es de manera cognitiva, mal definida quien oscila constantemente entre los polos extremos que son la investigación exploratoria, la construcción de argumentación, la espera de respuesta precisa a una cuestión dada, la escritura cooperativa y la investigación enciclopédica. ¿Se trata de construir una demostración, de responder a unas o más cuestiones, de reunir conjuntos de información? Cada uno de los métodos aplicados da un peso particular a un aspecto dado de un documento a partir del cual garantiza reagrupaciones de fragmentos documentales que no pueden pues representar sino la distribución de este aspecto en la totalidad de los documentos analizados, y en ningún caso se trata de haber aprehendido un sentido que sería exterior o complementario. Ellos desconstruyen el documento para intentar a continuación construir uno nuevo sobre otras bases. El problema es que, por una parte cada una de ellas no aporta más que una parte de la solución, y muchas partes no hacen un todo; y, por otra parte, la ausencia de la posibilidad de una descripción completa y operatoria de los mecanismos semánticos no puede más que entregar parcialidades, y permanece por debajo de las necesidades que deben cubrirse; finalmente debe tenerse en cuenta que la lectura hipertextual responde a las necesidades dadas de un momento dado, es totalmente contextual, es decir dichas interpretaciones debería no solamente tomar en cuenta el sentido de los documentos y el sentido de las peticiones, sino también el sentido de estas peticiones en el momento particular donde ellas son hechas por necesidades que no pueden, lo más a menudo, ser claramente formuladas, así como el sentido de estas demandas en el tipo de documento particular en las cuales ellas son formuladas. En efecto, un sistema hipertextual ideal debería proporcionar a una lectura hipertextual la construcción de los vínculos más conveniente a sus objetivos, pues, de lo contrario, toda lectura hipertextual se vincula más con una exploración que con una lectura y presenta siempre un riesgo de desorientación. El hipertexto debería pues responder, a la vez, y de manera indisociable, a problemáticas de análisis, de construcción, y de presentación del saber.

La hipertextualización como horizonte

Ahora bien, no puede allí haberse tomado en cuenta ni la posición de observación, ni el grado de relativismo de los conocimientos, se ha partido de lecturas estrictamente pre- definidas, no evolutivas, autoritarias, es decir, solidificadas por la tutela de una autoridad incuestionable. El hipertexto debe necesariamente integrar la borrosidad, la suavidad y lo evolutivo. Más exactamente él debe permitir lecturas que integran la relatividad, el punto de vista y la evolución del observador. El hipertexto ideal consiste así en un conjunto de caminos abiertos, evolutivos, adaptativos entre un conjunto variado de conocimientos que pertenecen a un dominio de fronteras relativamente borrosas. Constituye una tentativa de apropiación subjetiva de lo impreciso, de lo relativo, de lo variable, de lo complejo. Vale decir que la mayoría de los productos presentados hoy bajo esta etiqueta no constituyen más que una caricatura gruesa que disimula bajo la falsa variedad de recorridos predeterminados la indigencia de la conceptualización que ha conducido a su realización.

Si la técnica del hipertexto, como lo muestra el éxito innegable de Internet, aporta algunas satisfacciones, también ella ha dado muchas ilusiones. Del hipertexto inteligente, tal como el sueño de Ted Nelson, a sus más recientes proyectos como la inteligencia colectiva de Pierre Lévy, no hay una gran distancia teórica: los dos sueñan con un sistema numérico capaz de suplir al hombre en sus construcciones cognitivas. Todos los trabajos actuales referentes a las tentativas de mejorar la hipertextualización automática, en particular, en Internet, descansan en esta utopía. Se trata nada menos que de hacer una suerte de autómatas - sea a partir de los comportamientos de los internautas, sea a partir de sus demandas o de sus formulaciones - que incluya, conjeture, deduzca, anticipe, prevea, y proponga respuestas a previsiones más o menos precisas. Para ir más lejos, sería necesario ciertamente, como lo dice por lo pronto Ted Nelson, salir de las estandarizaciones que Internet impusieron rápidamente: pensar en otra parte y diferentemente. Pensar, quizás, más en términos de simultaneidad que en linealidades.

El ideal que contempla el hipertexto - por el momento, y ciertamente para mucho tiempo inalcanzable - es en efecto el del diálogo verdadero, en el cual el discurso que se destina a un

horizonte más o menos definido de cada uno de los locutores se adapte progresivamente a aquél de los otros, de tal modo que responda paso a paso a sus necesidades, a sus argumentos, a sus asociaciones de ideas, sus descubrimientos y sus interrogantes: el hipertexto se sueña como un intelecto, como un sujeto otro; simultáneamente pensándose y construyéndose. Una vez más, el hombre, ante la imposibilidad teórica donde él está, de ser observado y observador de este observado, busca este doble imposible al cual no ha llegado, incluso si ellos tienen la utilidad de producir simulacros. Conviene quizá, en toda búsqueda de mejora de los sistemas de hipertextos acordarse de ello.